

Fernando J. López, *Los Nombres del Fuego*. Colección Loqueleo. Madrid, Santillana, 2016, 3ª edición.

Abril y Xalaquia, dos adolescentes inmersas en sociedades en cambio: Abril en la España actual, Xalaquia en el México que recibe a los conquistadores españoles. Dos chicas inconformistas que se van a rebelar, cada una a su modo, contra la realidad que les rodea: en el aspecto familiar y afectivo Abril, en el social Xalaquia.

Fernando J. López dirige estas dos historias paralelas a edades entre los 16 y 19 años. Presentada en capítulos alternos, las dos historias se conectan más allá de espacio y tiempo. A partir de la realidad más cercana a los adolescentes españoles actuales (la búsqueda de un espacio y una identidad propios, la tensión que ello supone con el mundo de los adultos, el acoso en sus diferentes formas, el uso de la tecnología, el día a día en el instituto...), la historia se traslada, mediante una prosa cuidada, galana, en la que la voz interior de Abril adquiere a veces tonos de narrador omnisciente, hasta el México del siglo XVI, donde Xalaquia asiste a la descomposición de su mundo ante la llegada de Hernán Cortés y sus tropas.

La conexión entre ambas historias la vamos a ir descubriendo de forma paulatina, prácticamente a la vez que Abril, y va a pasar de lo que parece pura sugestión o magia y rebelión de la tecnología, a la aceptación, basada en Einstein y en Hopkins, de la posibilidad de una dimensión más allá de las espacio-temporales.

En este discurrir paralelo, es muy de agradecer (y creo que es muestra del dominio narrativo del autor) que la presencia de elementos culturales (poesía azteca, *El apartamento* de Billy Wilder, canciones de Coldplay, referencias a Jean Austen, etc.) se reduzca a lo necesario para la trama, sin caer en la complacencia, relativamente frecuente en la novela destinada a jóvenes, de “enseñarles lo que es bueno”. Es más que probable que muchos lectores conozcan la película de Wilder a partir de esta novela, sí, pero su aparición se debe a que eso motor a la acción, no mera recomendación pedagógica.

Junto a todo esto, quiero destacar también el cuidado con el que se esbozan las figuras adultas, siempre en segundo plano, aunque los padres de Abril precisen de un dibujo algo más detallado, dado su papel dentro de la trama. En estos casos, el autor ha dosificado cuidadosamente los rasgos (vistos desde los ojos de Abril, no lo olvidemos) para presentar una imagen de bulto redondo que matice la que, en la cercanía, tiene la protagonista de sus padres.

Finalmente, no podía ser de otro modo tratándose de Fernando J. López, la novela constituye un verdadero alegato por la identidad propia, al margen de las trabas sociales: las de una joven en el México anterior a la conquista, pero también las de jóvenes actuales a la hora de hacer pública su orientación sexual o ante parejas acosadoras. Como con los elementos culturales, la presencia del acoso en la novela no supone una “tesis” que cargue de dogmatismo la acción, sino que aparece al hilo de una historia en la que conseguir un espacio propio, más allá del

espacio y el tiempo, y la coherencia con ese espacio que se busca son elementos fundamentales.

Gerardo Fernández San Emeterio  
Universidad Complutense de Madrid  
gerarfer@ucm.es